

Lecturing. El sentido de un arcaísmo que viajaba

La transmisión de las ideas ha sido acaparada en los últimos años por especulaciones en torno a publicaciones y a relaciones variadas con los medios de comunicación. Más aun, la noción de transmisión de las ideas se constituye en la actualidad casi con exclusividad en torno a los medios de comunicación, internet incluida. Raramente cuando se discute el argumento de la transmisión de ideas se habla de clases, de *lectures* o conferencias. Esta situación no es anómala sino que refleja aquello que constituye la autoría académica en la actualidad: la palabra del académico ya no es tenida por válida sino es en el formato pre-establecido por las corporaciones editoriales o mediáticas. Las clases escolares constituyen un traspaso de información, los congresos académicos una feria mercantil y las conferencias (“lectures”) un ejercicio de *marketing*. La idea que la asistencia a una charla de un académico puede influir o aportar algo desconocido a los miembros de la audiencia es totalmente insólita e inconcebible. En la gran mayoría las charlas académicas de la actualidad ya se sabe de antemano que es lo que el invitado va a decir, incluso hay casos en que copias de estos dichos se distribuyen de antemano “para aquellos que no pueden venir”. Y en realidad este “saber lo que se va a decir” no se refiere a develar novedad alguna de antemano sino al hecho que el planteo mismo de lo que se va a decir es plausible o, mejor dicho, se convierte en decible y comunicable *en tanto es una confirmación de lo que se sabe* o, mejor aun, constituye una innovación comercial de algo ya explotado.

No deja de ser paradójico que, en una era académica donde lo efímero es tenido como una especie de herejía, justamente nada de lo que se postula o dice en público tiene relevancia por el momento, la manera o la forma, en que se lo dice, sino por sus vínculos con aquello que no está presente en ese momento. Si lo efímero es sacrílego es porque puede cuestionar el principio de productividad sin fin que gobierna la vida académica, pero la confianza ciega en el corporativismo que exhiben la mayoría de los académicos actuales como alternativa a lo efímero de las comunicaciones, no ofrece tampoco demasiadas garantías al respecto.

Sin embargo, esta situación en realidad se desprende de la manera en que experimentamos, percibimos y aprehendemos eso que aun llamamos conocimiento o análisis. La ausencia de expectativa respecto del contacto personal en términos de conocimiento y la creencia en la tecnología determinan el sentido de apertura “a lo nuevo” en términos intelectuales. El acento en el contacto personal, que se presenta como *asset* en todo el planeta universitario, se vincula a una dimensión íntima y, en el mejor de los casos, sentimental de los interlocutores.

La creciente sincronización planetaria de la percepción y la experiencia humanas contribuyen a afianzar esta *artificialización* de la interacción en términos de conocimiento. No se trata sólo de la creciente y ya conocida interacción con aparatos y *technological devices*, sino sobre todo del rol que los mismos adquieren en la conformación de nuestro sentido de experiencia, percepción y aprendizaje.

La idea que una conferencia o visita de un intelectual, artista o profesor, a un sitio determinado puede cambiar o generar algo nuevo o diverso es no sólo remota, sino histórica, es decir que es a partir de manipulaciones historiográficas que tal cosa puede ser concebible en el mundo corporativo de las universidades de hoy. De hecho la noción de creatividad e intelecto ya no forman parte del mundo universitario, el cual se ocupa sólo de ofrecer *servicios*.

Y no deja de ser paradójico que la constitución de la educación y el conocimiento en un servicio se realiza al mismo tiempo donde los objetos académicos —escritos, comentarios, aparatos, etc.— se hallan al centro del proceso de socialización del individuo. El ideal iluminista de conocimiento se realiza entonces por valorización/valuación financiera del saber y por generalización tecnológica, algo que los autores del siglo XVII no hubieran nunca imaginado.

Paralelo al desarrollo de la universidad como servicio se constituye la institución de los elementos educativos en objetos o instrumentos tecnológicos, la lectura y la escritura sobre todo. La noción tradicional de lectura ha sido reemplazada por una forma radicalmente diversa que podríamos indicar como *visioning*, mientras que la escritura ha acentuado su dimensión *técnica* y se ha transformado en un elemento tecnológico. La desaparición de toda

metafísica de la escritura es constatable, de modo que la escritura constituye una forma de instrumentalización funcional extrema: su *valor* proviene de su estatuto de técnica.

Y he aquí otra paradoja: la escritura como técnica no “comunica”, no hace inteligible cuestiones, sino que instrumentaliza, transmite, desplaza, traslada. La obsesión de los editores académicos y de los *media* que se ocupan de ámbitos o materias académicas —sea ocasionalmente o con cierta regularidad— por transformar en *lenguaje vulgar* aquello que produce el llamado especialista es el ejemplo perfecto que permite constatar dónde se halla lo relevante en términos de conocimiento: el artículo o *paper* no es controlado —y, en última instancia, escrito— por su supuesto autor, sino por el corrector de estilo y por el *copy editor* del mismo. Es esta idea de transformación-traducción aquello que también resulta sintomático: el valor-escritura es entendido como un *instrumento transparente* al cien por cien que puede todo decir en no importa qué condiciones y bajo no importa qué circunstancias. El valor comercial del saber no reside en una innovación o en una creación *ab initio*, sino en una *confirmación* de aquello que los lectores ya saben o, similar, de aquello que correctores y editores *creen* sus lectores ya saben.

Saint Jean-de-Luz, July 7, 2010.